

CUENTO


Creación literaria

Porangi: la soledad en la esquizofrenia.

Mariel Anahí Pérez Rodríguez

Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo
(MÉXICO)

CE: 0839210x@umich.mx

 <https://orcid.org/0009-0004-3182-3701>



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).



Con especial dedicación a las personas con esquizofrenia que continúan buscando su propio reflejo en la penumbra de la soledad, porque, aunque la oscuridad parezca infinita, su fortaleza logrará iluminar el camino

Érase una vez...

Entre un mundo de palabras y sonidos se encuentra Porangi. A simple vista un humano habitando el cosmos. Porangi tiene todas las significaciones de la vida dentro de su mundo; inasible le parece un atardecer, ajeno. Los sonidos le irritan tanto que se acelera su cuerpo para huir.

Si pudiésemos experimentar, por un segundo, un mundo fragmentado, donde los sueños se han fusionado con la realidad y los

pensamientos se mezclan con las ilusiones, o quizá pudiésemos escuchar terribles sonidos acusmáticos, incluso indiferenciables del silencio. Probablemente Porangi encontraría un consuelo, un silencio descifrable. Porque lo angustiante no se encuentra en las dudas o en los planes; allí se encuentra un

sentido, incluso un sinsentido. La angustia se bordea durante la certeza de la inexistencia, donde se cava un socavón inmenso, oscuro, helado e infinito.

Se aferra a la búsqueda de encontrarse dentro del surco certero de su inexistencia. Como un filme, su vida ocurre; él es un espectador que, como tal, no puede mover ni siquiera una molécula de la película. La película corre sin subtítulos, en otro idioma desconocido, con imágenes que por sí mismas no explican nada. Esa película es su vida, y su mirada encapsulada impide interacciones y cualquier otro tipo de alteración. Sin embargo, intenta luchar con todas sus fuerzas, recuperar aquel pasado donde podía existir.

El tiempo ha cambiado un poco; ahora se siente acelerado, semejante a la víspera de navidad. Un tiempo que parece congelarse, pero termina tan pronto que uno puede llegar a añorar la nochebuena, y la promesa de repetirse se adquiere inmediatamente, suponiendo que todos estarán de nuevo hasta la siguiente víspera. Su tiempo no le pertenece, es como un fotograma suelto, sin contexto ni conexión, sin causa ni acción. Como un reloj sin manecillas, que no avanza ni retrocede, atrapado sin fin. El tiempo se mueve bajo sus pies.

Las calles se han vuelto una especie de laberintos cargados de serpientes y escalera que no llegan a ningún centro. Los rostros le han sido cubiertos por una pátina magra, lo que le impide reconocerles y reconocerse ante su propio reflejo. *Abscisión* se le llama cuando se separa algo de su estructura, disolviendo lo que una vez fue.

La soledad en la esquizofrenia no es la desaparición de todos, es la ausencia de uno mismo, la irrita reconocibilidad ante su propia voz y pensamiento. Sin embargo, continúa buscando, buscándose entre los escombros que aún le alcanzan, aunque sea a través de un eco. Se intenta sostener de la vida en algún lugar del rincón silencioso de su tiempo, donde su mirada tal como ocurre con la hoja de un *Fagus sylvatica*, se desprende hacia la tierra, sin ninguna certeza de volver, convirtiéndose quizá en la descomposición del mismo olvido; lanzando hacia la luna el vaivén de su existencia, siempre allí, imperceptible, revelándose a través de la oscuridad, con una belleza silenciosa en la que Porangi encuentra refugio.

En el bullicio callejero no concibe la concentración porque, al parecer, ha perdido la conexión con su propio yo. Habita un mundo cargado de interferencias sintácticas, se halla solo: sin un mapa que lo oriente. Atrapado en un mundo entre el silencio eterno y el ruido feroz, entre la ausencia que grita y el todo que enmudece. Sin embargo, él continúa avanzando, aunque su propia existencia parezca diluirse, le queda la esperanza de un alba que tras la noche se revelará.

CUENTO

Creación literaria

Leer el rostro.

Karla Alejandra Flores Mendoza

Universidad Nacional Autónoma de México
(MÉXICO)

CE: karlaflores@filos.unam.mx



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

A Beto, quien cerró los ojos para mirar el universo

Según las memorias antiguas de los indios Pai Pai, tras la sonrisa de los seres ancestrales de la tribu, se escondía una cifra secreta que los recién casados debían averiguar. La más mínima distracción en el acto de desocultamiento numérico podría causar un desastre irreversible en el tejido de la vida. Por ello, había una preparación ardua durante largas jornadas en el desierto. El entrenamiento consistía en salir por las noches a buscar leña con los ojos vendados, para estar alertas de todo lo que ocurría a su alrededor. El cirio, una planta gigante, profería un lamento cada vez que lo rozaban accidentalmente. La lagartija nocturna se deslizaba entre sus pies como si fuera una hoja con un peso multiplicado. Se manifestaban colores en el cielo que lograban atravesar la tela del párpado. Todo aquello que era familiar en el día, se tornaba misterioso a medianoche.

Debían llevar una cuenta mental de cada sonido, color, sensación que se despertara tras esas largas caminatas de luces y sombras invertidas.

El día señalado llegó. Los ancianos ocuparon su sitio en la cadena lunar. El ritual para hacer emerger las señales sobre sus rostros vendría después de encender el fuego de la fogata, apenas saliera la primera estrella en el firmamento. Los rostros de K'chúsepá, el hombre ciego, y Mayipá, quien habita el cielo, eran invocados tras las cenizas del primer oleaje de destellos de la lumbre: "Colina roja, Colina azul, desciendan con la fuerza del agua de todos los nacimientos en el porvenir/ Colina de sangre, aviva la leña, colina de agave y lunas crecientes, no sepultes en el silencio nuestras interrogantes", esa última sílaba se agitaba en la garganta de todos los participantes. Syótabo e It'awil se habían encontrado acaso siete veces durante sus veintitantos años de vida. La primera vez fue en una larga caminata por el valle de los Ojos Negros. Iban en busca de una yerba calmante para los dolores de cabeza. Eran tan pequeños

que las siluetas de los árboles los amedrentaban. Creían ver en ellas las figuras de seres primigenios, en lucha, para ordenar el universo.

La presión en la cabeza era muy fuerte. Comenzó a abrir los ojos con dificultad y sintió cómo le punzaba el ojo derecho y toda la parte frontal. Las imágenes del fuego, las plantas, los animales y ese ritual extraño le pasaron rápido por la mente. Sintió ansiedad de lo inconexo que resultaba ese encadenamiento del carrusel fotográfico. Sonó la alarma del despertador. Sintió vértigo. Aún traía la melodía de cantos que no sabía en dónde los había escuchado. ¿Era un sueño o un recuerdo que había sepultado en lo más profundo de su memoria? La luz se coló poco a poco a través de las cortinas. Se levantó de un tirón. Fue a buscar una pastilla para el dolor de cabeza. Besó a su esposa en la frente y se marchó a trabajar. Ese día sería una jornada pesada.

Al llegar a su oficina revisó la lista de pendientes: instalar un reflector para Tigerland; reparar la fotocelda de las iguanas; llevar más carrizos para el área de aves; comprar alimento. Y lo más importante, hacer un pase de lista de cada una de las especies en el Centro de Conservación. El recorrido por cada área le llevó más tiempo de lo habitual. Era como si viera con ojos nuevos, todo. Se sorprendió de la musculatura de los felinos, la agilidad de los lémures, la timidez de algunos monos. Desparasitó, curó e hizo prospectivas de algunos nacimientos.

Su esposa revisó las suculentas, los cactus y los árboles frutales para quitarles las hojas muertas. Recordó un sueño que días atrás había tenido. Una visita al sureste del país, en el que se reencontraba con su pasado. Hizo una plegaria silenciosa y siguió con las actividades del día. Le dio hambre. Ordenó unos taquitos riquísimos. Contempló el atardecer como quien mira una obra de arte.

Eran las 6 de la tarde cuando comenzó a llover. Él se recostó por un momento en su sillón y se quedó dormido. Syótabo e It'awil caminaban juntos en un sendero despejado. Los ancianos les sonreían. Habían sorteado todas las distracciones que trae el desierto en la penumbra. Sus rostros se habían iluminado, como dos antorchas en medio de la oscuridad: "Colina roja, Colina azul, desciendan con la fuerza del agua de todos los nacimientos en el porvenir/ Colina de sangre, aviva la leña, colina de agave y lunas crecientes, no sepultes en el silencio nuestras interrogantes". Despertó de repente. Se sobresaltó porque pensó que había dormido por mucho tiempo. Hizo una llamada a su esposa. Le quiso contar el sueño, pero pensó que era mejor narrárselo en persona.

Se subió al auto. La carretera aún estaba húmeda, pero vacía. Entonces aceleró para llegar rápido a casa. En visiones internas miraba el camino parecido al sueño. La respiración de los árboles le parecía muy viva, los colores brillantes, los rostros de los ancianos, familiares. De pronto, tuvo una

visión superpuesta del tejido completo de la vida: la primera respiración, los juegos infantiles, los arrullos, la comida favorita, los viajes, la familia, la voz de todos aquellos a quienes había amado. Su automóvil se fragmentó como los pétalos de una rosa roja en plenitud. Dicen que no tuvo dolor. Que su muerte fue instantánea. Que sólo basta un rostro iluminado para incendiar la noche y con él leemos el rostro de toda la Creación.

Creación literaria

NARRATIVA

Creación literaria

Pánico Escénico.

Carlos José Cortez Loya

Creador literario

(MÉXICO)

CE: carloscortezloya@gmail.com



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

No puedo evitarlo; tengo un terrible pánico escénico. No sé por qué se le llama así, si a mí no solo me da miedo la escena, sino cualquier tipo de habla en público. Va desde una presentación en un salón de clases hasta hablar de mí mismo con más de dos personas al mismo tiempo. Es bastante ridículo y el hecho de que suceda me causa todavía más vergüenza. La última vez que tuve un “acontecimiento” estaba en una reunión y un amigo me quiso presentar a dos de sus amigas más cercanas. Tartamudeé tanto que las dos chicas pusieron una gran cara de preocupación y decidieron que era mejor hablar ellas y aliviarme de mi suplicio. Una de ellas era muy guapa, pero al momento de verme fallar terriblemente, se perdió todo tipo de esperanza.

Tampoco me quiero tirar al piso y maldecir mi existencia, realmente está bien. La peor parte fue en la universidad; eso sí que fue duro. Hoy en día he moldeado mi vida para que eso no me afecte en el día a día. Y no lo hace. Tan solo las presentaciones de avances mensuales me ponen la piel de gallina, pero fuera de eso no hay más eventos en mi día en los que tenga que forzarme a hablar en público. Entre semana estoy sencillamente encerrado en mi cuarto haciendo mi trabajo y teniendo pequeñas reuniones virtuales, en las que mi aportación verbal es mínima.

Todo lo que yo tengo que ofrecer se refleja en los números. Soy el mejor contador de la empresa, gracias a mí, la empresa ha podido ahorrar algunos millones de pesos. Esto no pasa desapercibido y con el salario que me dan puedo vivir muy bien en mi departamento que he acondicionado perfectamente para mí. Hay días en los que sí que tengo que ir a la oficina. Lamentablemente, la corporación estaba observando bajas en el rendimiento laboral con la modalidad

cien por ciento virtual y ahora es inexorable asistir por lo menos dos días a la semana a las oficinas. Son mis días menos favoritos de la semana, pero ,aún así, no puedo quejarme. Al inicio intentaba evitar cualquier interacción no planeada y hasta me escabullía en la hora de comida para poder comer a solas y solo saludar a algunos de mis colegas al pasar. No obstante, ahora no tengo que hacer nada. Paso desapercibido.

En los últimos días he intentado llamar un poco la atención para ver qué tanto se ha acostumbrado la gente a esto. Un día me puse unos zapatos muy llamativos, un par que me regaló mi abuela de la marca Nike de un espantoso color fosforescente. Pensé que nunca llegaría a usarlos, aunque tampoco los tiré por si la abuela, Tata, preguntaba por ellos. La semana pasada los usé en el viernes casual de la oficina y nadie lo notó. Y eso que yo he usado el mismo modelo de zapatos, los *comfort casual* de piel café oscura, toda la vida con mi conjunto formal. Hace unos años compré una gran dotación para no tener que preocuparme más por renovarlos. Me pregunto si los siguen haciendo. Bueno, el punto es que nadie se fijó en mí, ni me preguntó por mis flameantes tennis. Me sentí extrañamente triste. Los mismos de siempre hicieron un gesto de saludo cordial hacia mí, sin el más mínimo reparo sobre mi vestimenta ni apariencia, luego siguieron su camino como quien reacciona automáticamente a la presencia de un semáforo en verde. Un comentario de estos tipos me hubiera sido indiferente. No, al contrario, me hubiera puesto incómodo al tener que responder a su comentario soso sobre el daño que estaría causando a su pupila o algo por el estilo. Sí, es mejor que no lo hayan notado.

No estoy muy seguro de la razón de mi aversión hacia el habla en público. Mi padre es una persona en extremo extrovertida, mi hermana mayor heredó eso. En cambio, mi madre es algo tímida, pero no tanto como yo. Recuerdo cómo mi madre me consoló después de no poder presentarme en el concurso obligatorio de poesía y a mi padre, efusivo, me daba consejos de cómo podría superar mi miedo e intentó convencer al jurado de que me dieran otra oportunidad para participar. Lloré de desesperación. Dediqué mucho tiempo al poema que había escrito y creo que hubiera tenido buenas oportunidades de ganar.

Ese fue el segundo suceso más memorable. El primero fue en la universidad. Ya mencioné que esta fue una etapa dura, pero una presentación resalta sobre todas las demás. Entre mis compañeros, mi situación era bien conocida. Por lo mismo, era objeto de burla para algunos, pero la mayoría solo se mostraba indiferente ante mi incapacidad. Cursaba la última materia de matemáticas financieras, mi especialidad, y quería realizar un gran proyecto que pudiera servirme de portafolio para mi vida

profesional. No fue sencillo resolver el caso que me asignaron, pero lo logré. Lo único que faltaba era hacer la gran presentación para demostrar mi trabajo. Antes de eso, sentía los nervios paralizantes de siempre, aunque esta vez era distinto. Nunca antes me había preparado tanto. Conocía cada ángulo del problema. La manera en la que lo resolví fue magistral y no había manera de que alguien inquiriera sobre algo de lo que yo no estuviera al tanto. Fue así que comencé mi presentación, con un titubeo inicial, pero seguro de mi conocimiento. Entonces, sucedió lo inesperado, ¡lo estaba haciendo! Tal vez fuera un poco difícil entender mi voz, algo quebradiza y de poco volumen, pero lo estaba haciendo. Lo sabía porque el profesor escuchaba con atención y sin hacer muecas de disgusto. Mis compañeros estaban estupefactos. Muchos escuchaban mi voz por primera vez en toda la licenciatura. Todo iba viento en popa. Hasta que un grupo de personas empezó a reír. Era el típico grupito de inmaduros que no tenían abuela ni el más mínimo respeto por una figura de autoridad. Ellos hablaban siempre y debí haberlos ignorado. Sin embargo, su plática y su risa me sacaron de concentración. ¿Estarán riéndose de mí?; seguro critican mi voz, mi forma de vestir o quizás hayan encontrado un error en mi deducción. ¿Cómo era esto posible? Eran los más perezosos y burros del salón, aunque sí había un tipo brillante entre ellos: “el Willy”. Vi su rostro, por un segundo él también me vio con atención. Con mi mirada hice lo posible para suplicarle que me validara con su séquito, o que por lo menos solo fuera indiferente. No es eso lo que hizo. Volteó a ver a su gente, les susurró algo y estallaron en carcajadas. Ese fue el fin para mí. A partir de ese momento perdí toda la concentración; no pude pronunciar ni una palabra más. No sé qué más sucedió, pues huí apresuradamente de ahí hasta llegar a mi cuarto, espacio seguro. Mi profesor me contactó poco después y me dijo que estaba decepcionado. Ese fue el último golpe de aquella experiencia devastadora. Para mi sorpresa, mi calificación fue aprobatoria. No tuve el valor de preguntarle al profesor la razón, solo lo atribuí a mera gracia del destino.

Por todo esto mi comportamiento reciente me parece paradójico. Tengo un miedo inexplicable al ojo público, evito reuniones amistosas, aún cuando la mayoría de los invitados son amigos, intento no cruzar la mirada con conocidos en la calle y voy tan lejos como para desviar mi camino para evitarlo. Con todo esto, me encuentro ahora vestido como un auténtico payaso, rumbo al trabajo, dispuesto a hacer que todos me vean y se rían de mí. Siento una adrenalina incontenible, excitación absoluta, muy diferente al sentimiento de pena que he sentido cuando tengo que hacer una presentación pública. El atuendo lo pedí en línea y también aprendí a maquillarme como un payaso profesional. Admito que el resultado no es perfecto, pero estoy orgulloso de lo que logré. Ya de camino, en mi coche, he visto cómo personas por fuera me observan, ríen y me saludan amablemente. Nunca antes había

experimentado tal sensación embriagante. Entonces ahora voy, sin explicarme cómo ni por qué, en camino hacia mi propia perdición.

Creación literaria

NARRATIVA

Creación literaria

Pieles de sapo.

Jesús Santiago Said Ortega Camacho
Universidad Autónoma Metropolitana
(MÉXICO)
CE: antonszandor999@outlook.com



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

Eleonor tenía diez y siete años cumplidos cuando se casó con Gabriel. Se fueron a vivir a una lejana casa en la Costa Negra, apartados del rigor y la vigilancia de los padres de su esposo. Él era reservado, sólo hablaba lo necesario. Ella, por su parte, era risueña y elocuente. Y, aunque su matrimonio era fresco, su existencia no funcionaba con alegría.

Durante los primeros meses de sus nupcias ella descubrió sus celos y obsesiones. Gabriel, en cambio, con incertidumbre y pesar confirmó lo que su instinto le aconsejó tiempo atrás: que Eleonor era la más indicada para ser su esposa, pero la peor para ser su amante.

Cuando la noche llegaba, Gabriel se acostaba en la misma cama y abrazaba a la que ahora era su legítima esposa. Ella le recordaba con palabras dulces cuán afortunada se consideraba en ser su mujer. Él, sin embargo, era presa de pensamientos ajenos a su corazón. Le atormentaba el hecho de haberse precipitado en una decisión como la del matrimonio y, al ser irremediable, le pedía a Dios que lo alejara de toda tentación, puesto que, al estar ya comprometido, tenía que hacer valer su promesa.

Los padres de Gabriel les habían entregado, como regalo de bodas, aquella hermosa casa construida con madera de abeto, ubicada a un costado de la playa. Su hogar se advertía apartado y lúgubre, únicamente frecuentado por las gaviotas que bajaban del cielo a picotear pequeños crustáceos que terminaban enterrados en la arena.

Eleonor solía sentarse en el balcón para observar el vuelo de las aves marinas y el sonido de las ondas del océano que se estrellaban contra las afiladas peñas. El interior de la casa lucía siempre apagado, como si las paredes le indicaran a esa joven que ella era una intrusa, ya que de ellas colgaban

decenas de retratos y fotografías de la familia de Gabriel, entre antepasados y parientes que incluso él desconocía.

Dentro de ese anómalo aposento Eleonor gastaba los días con pasatiempos, como tejer y cocinar. Sin embargo, su joven esposo siempre elegía escapar de allí. Él había comprado un pequeño bote pesquero con el cual solía navegar cortas distancias. A veces recorría la playa en busca de un pez que nunca aparecía, otras veces se adentraba un poco en alta mar con el solo propósito de alejarse del aburrimiento. En esas travesías, Gabriel reflexionaba largas horas acerca de su vida junto con aquella mujer. En un inicio, la consideraba complaciente; no obstante, a causa de la maldición de la rutina, la empezó a imaginar infantil y antipática. En el clímax de sus reflexiones, Gabriel era consciente de que la amaba, quizá con un amor cruel y tan extraño que incluso él no comprendía; pero a la vez asumía su actitud como totalmente exigente. «Quizá si ella fuese menos dulce... pero, ¿por qué no sólo abandonarla?» Y así como las olas del mar golpeaban su bote, estos pensamientos también empujaban su mente hacia un abismo del cual no lograba salir.

El viento condujo su bote una tarde hasta un lugar apartado de la playa, un lugar desprovisto de palmeras y turistas. Gabriel encalló el bote y se tendió sobre la congelante arena. Ese sitio parecía encontrarse en un punto ciego de la playa. Nunca había estado allí. Ese pequeño rincón no era totalmente silencioso, pues se escuchaban las olas y el viento, pero estaba desprovisto de atmósfera humana. No fue después de unos minutos de supuesta soledad que Gabriel se descubrió observado por una mujer escondida entre las dunas.

Corría el mes de enero y la Costa Negra, donde vivían ellos, se animaba más durante otras temporadas del año. Esa mujer que descubrió Gabriel no podía ser una turista cualquiera. Pronto supo que ella era una habitante del pueblo y que no vivía lejos de su hogar. La mujer le dijo que ella sabía quién era él, incluso que sabía quién era su familia y quiénes fueron sus ancestros. Dijo sentir respeto por su apellido y, después de unas horas de conversación, lo llevó hasta su cabaña.

En la morada de la mujer, Gabriel fue seducido por un ambiente completamente opuesto al de su hogar. Se sintió tentado por imágenes exóticas, olores afrodisíacos y texturas extravagantes. La mujer decía llamarse Ester y era diez años mayor que Gabriel. Y, a pesar de que él se asumía como un muchacho frente a ella, no pudo apartar una terrible sensación de su interior. Sus piernas bronceadas y descubiertas, su cintura entallada, su cadera ancha, su larga cabellera azabache y sus ojos aguileños lo sedujeron diabólicamente. Ester, como si pudiese leer sus deseos, se despojó de sus vestimentas e invitó al joven a poseerla.

Todas las tardes, Gabriel navegaba hasta esa parte de la playa, encallaba su bote e ingresaba en la cabaña de Ester para dormir con ella. Paradójicamente su ánimo y su trato con Eleonor mejoraron. Sin embargo, al caer la noche, cuando Gabriel navegaba de regreso a su hogar, la culpa lo atormentaba. Sabía que ese exótico amorío con Ester era una traición a su palabra y una mácula en el linaje de su familia. Después de todo, Eleonor, incluso con sus defectos, representaba todo lo que sus padres admiraban de una esposa.

Afortunadamente para su matrimonio, Gabriel, a fuerza de repetición, terminó por fastidiarse del cuerpo voluptuoso de Ester y una tarde le dijo adiós por última vez. La bella mujer lo comprendió y lo despidió, viéndolo alejarse entre las tinieblas y las olas del mar.

Una vez más Eleonor observó que Gabriel volvía a enamorarse de ella. Y nuevamente la pasión y el deseo ingresaron en su matrimonio. Como efecto de ese retorno sentimental Eleonor quedó embarazada. Gabriel, atrapado entre la culpa y el triunfo, dispuso una gran celebración con la familia de su esposa y la suya para consagrar el advenimiento de un nuevo descendiente.

Y la celebración tuvo lugar dos meses antes de que Eleonor diera a luz. Ambas familias intercambiaron palabras, consejos y halagos. Gabriel se advertía mucho más alegre que cuando se casó con su esposa. Ella, sin embargo, lucía más vacía, más cansada. Probablemente la rutina o la soledad en esa casa la habían hecho introvertida. Y, sin embargo, al ser cuestionada sobre el nombre que le daría al ser que llevaba dentro, ella respondió con absoluta seguridad: «Gabriel, si es niño. Milagros si es niña.»

Fue niña y nació sana. Los ahora abuelos, padres de Gabriel, compraron todo lo necesario para la crianza de la niña y lo enviaron a la casa de la Costa Negra. La niña representó un verdadero milagro para sus padres. Gabriel se sintió auténticamente satisfecho con su vida actual, pues se asumía completo, totalmente realizado, como si esa pieza que faltaba a su vida por fin hubiese aparecido. Eleonor, por su parte, supo que Milagros era el pilar definitivo para la felicidad de su matrimonio.

Eleonor, durante esos años de crianza, se dedicó de manera devota a su hogar y a su hija. Gabriel, quien seguía confundido por su anterior aventura con Ester, le costó trabajo adaptarse a la vida en la Costa Negra; sin embargo, consiguió un empleo como administrador en una planta de alimentos marinos que daba a una hora de su casa.

El desarrollo de la niña fue bastante normal o quizá más cuidadoso de lo que se supondría. Era alimentada con lo mejor que la fortuna de Gabriel podía costear. Incluso Eleonor decidió relegar las faenas de la casa a una sirvienta con tal de no perder de vista un solo momento a Milagros. Ella representaba lo mejor de ellos dos. Sus ojos eran grandes y violetas, sus rizos rubios caían bajo sus

pequeñas orejas y, cuando la niña cumplió un año, les regaló a sus padres la alegría de poder llamarlos con graciosos balbuceos.

A causa de los excesivos cuidados y atenciones, Milagros creció con un carácter caprichoso e imaginativo. No obstante, sus jóvenes padres no podían decir que no a todo lo que ella quisiera. Asimismo, como efecto de su mala crianza, la niña, al cumplir los cuatro años, exigía postres y golosinas frecuentemente, puesto que ya era capaz de formular frases coherentes. Incluso sus padres auguraron que sería una niña bastante inteligente gracias a que a tan corta edad ya podía expresar con palabras sus pensamientos.

Y la felicidad que les daba su hija los cautivó. Pero una tarde, cuando el mar empujaba embravecido el agua tormentosa contra las rocas del desfiladero y los relámpagos iluminaban la cúpula ennegrecida del cosmos, la niña fue llevada al comedor, sentada en la mesa con sus padres y se le ofreció un plato de sopa. La niña dio unas cuantas cucharadas y luego apartó el plato lejos. Ese comportamiento llamó la atención de su padre, quien le preguntó:

— ¿Qué pasa, luz de mis ojos? ¿Por qué ya no quieres tu sopa?

— Porque ya la tocó —respondió con tristeza.

— ¿Quién la ha tocado, Milagritos? —preguntó su madre, sin saber a qué se refería la niña.

— El que no me deja comer —concluyó inocentemente.

El padre, sin saber de manera exacta a qué se refería su hija, cuestionó a su madre, quien tampoco supo dar una respuesta. Después de discutir sobre lo que podría haber comunicado Milagros, Gabriel acercó el plato de sopa y probó su contenido para después escupirlo.

— ¡Está salado! ¡Asquerosamente salado!

Luego de acusar a la sirvienta de haber salado la sopa, Gabriel comprobó que el resto de ésta, que se encontraba en la olla, tenía un buen sabor. Tanto él como su esposa dejaron pasar la situación como algo extraño, quizá un error humano o alguna travesura de la niña.

No costará trabajo comprender la espeluznante impresión que causó, cierta noche posterior, cuando la familia se había sentado para cenar, que Milagros, mientras comía un guiso de verduras, apartó nuevamente el plato de comida y su padre encontró algo completamente asqueroso dentro de ésta. Al principio la niña dijo que su comida otra vez había sido «tocada». El padre, quien recordó lo que había pasado la noche anterior, tomó el guiso y, al meter el tenedor, advirtió algo inusual. Al jalarlo con

el cubierto, descubrió una materia elástica, áspera y, al examinarla bajo la luz del comedor, la juzgó estriada y repugnantemente verrugosa.

Se puso de pie inmediatamente y apartó a su hija del comedor. Llamaron a la sirvienta, quien había cocinado el guiso. Se le acusó de querer envenenar a la niña. La trabajadora, sin saber qué es lo que había ocurrido, sólo alcanzó a ver la piel verdosa y flácida de un sapo sobre la mesa. La epidermis del bicho parecía haber sido arrancada del animal y arrojada a propósito a la comida.

El hecho consternó terriblemente al matrimonio, quienes despidieron a la anterior sirvienta para buscar a una nueva. Sin embargo, a pesar de las medidas que claramente fueron injustas, el suceso se volvió a repetir poco después. Como lo mencioné, la niña era caprichosa y, al igual que todos los de su edad, prefieren las golosinas y los postres en lugar de los guisos. Cierta tarde, cuando su madre quiso alegrarla con un helado de chocolate servido sobre una bandeja, para impresión de todos, Milagros lo apartó lejos de ella. Dijo que alguien había envenenado el postre y se negó a tocarlo.

Persuadidos sus padres de que se trataba de algún trastorno ocasionado por los eventos anteriores, se adentraron en consentirla. Ellos eran incapaces, como cualquier pareja de padres primerizos, de ser rigurosos con Milagros. Esa entidad que existía en las visiones de la niña le impedía comer; ni siquiera le permitía probar un solo bocado de alimento. Lo mismo ocurría cuando su madre le daba de comer un caramelo, una fritura, un pedazo de fruta o una taza de té. Aquella cualidad, que tanto había enorgullecido a Gabriel y a Eleonor, la elocuencia que prometía ser un reflejo de la inteligencia de la niña, ahora les aterraba profundamente, y es porque la niña, en su limitado vocabulario, les informaba que esa oscura entidad envenenaba todo alimento destinado a ella.

Convencidos de que era un trastorno y que, posiblemente era la misma Milagros quien manipulaba los alimentos, su padre llevó al médico, dado que la niña cada día se advertía más pálida y débil. El médico parecía conocer la causa de ese mal infantil. Recomendó vigilancia, cuidado permanente y disciplina, de ser necesaria. También recetó vitaminas y una dieta con vegetales. No obstante, Milagros se negó a comer alimento alguno. Apenas probaba bocado, lo escupía o regurgitaba. Sus padres, en su desesperación, se cuestionaban acerca de lo que pudiese estar ocurriendo. Era Eleonor quien cocinaba y, al tener la ligera sospecha de que la misma Milagros era la que manipulaba la comida, vigilaba todo el tiempo que la niña no tocara los alimentos. Pero todo esfuerzo fue inútil.

Gabriel, en su consternación, trataba de persuadir a su hija de comer tan siquiera unos bocados. La niña, quien ya para ese momento lucía pálida y quebradiza, acusaba que sus alimentos habían sido contaminados. ¿De quién hablaba cuando decía que la sopa había sido «tocada», o cuando sus

caramelos habían sido «envenenados»? Y mientras los días transcurrían entre lamentos de Eleonor y visitas del médico, Gabriel comenzaba a dudar del estado mental de su pequeña. Pero incluso cuando él probaba los alimentos y descubría que, siniestra y efectivamente, había un sabor extraño, a veces terroríficamente salado o incluso con restos de pieles de anfibio, sus explicaciones recaían en que su misma hija era la responsable.

Y en la medida en que el ayuno de Milagros se prolongaba, su debilidad aumentaba. Los padres estaban devastados y a la vez impotentes ante tal enfermedad. La niña apenas reconocía su casa. Y una noche, cuando el mar embestía la costa con furia y el huracán arrancaba las velas de los navíos, la niña enfermó. Al principio fue afectada por una ligera fiebre que, con las horas, se transformó en una terrible neumonía. Al encontrarse tan débil y desprovista de fuerzas, a causa del prolongado ayuno, la niña no pasó la noche.

A la mañana siguiente, tanto la familia de Gabriel como la de Eleonor, realizaban la misa de cuerpo presente para la pequeña difunta. Su muerte representó un golpe insoportable para ambos. Sabían que nunca podrían recuperarse de semejante pérdida. Sus vidas se vieron opacadas por una sombra densa e insoportablemente inquietante. Perdieron el gusto por los días soleados, por las sonrisas o cualquier otro pasatiempo que les recordara a Milagros. También la comunicación entre ambos desapareció. Eleonor lloraba todos los días, encerrada en su recámara. Gabriel, quien tampoco podía soportar el dolor y la melancolía, retiró todos los retratos de Milagros y los incineró en la playa.

Así pasó un lustro de sus vidas y, sin encontrar otro remedio para su sufrimiento, decidieron tener otro hijo. Eleonor concibió un nuevo ser, pero no a partir de un acto de amor, sino desde una necesidad nostálgica, a partir de una obsesión y un deseo de reemplazo. Ambos sabían que sus vidas y su matrimonio no volvería a ser el mismo nunca más. Y, a pesar de todo, Eleonor dio a luz a una niña una vez más. La diferencia con ella es que no fue recibida con la misma emoción que a Milagros. No obstante, esta vez ellos se asumían como padres maduros. Lo cierto es que tanto Gabriel como Eleonor eran conscientes de que estaban siguiendo los pasos de un proceso que había fallado en un principio.

La llamaron Mariana y la criaron con mayores cuidados que a la anterior. A causa de la rigidez de su formación, la niña creció en un ambiente opresivo y paranoico. Los padres nunca volvieron a hablar de Milagros; su recuerdo había sido enterrado, pero no estaba completamente muerto. Intentaron borrar la memoria de su anterior hija de esa casa. De la misma manera, Mariana, al cumplir los dos años, lucía muy diferente a su hermana difunta. Ella poseía un sedoso cabello anochecido, unos

prolongados ojos marrones y una risible línea bajo la nariz que era su boca. En realidad, durante esos años de crecimiento, los padres evitaron incluso recordarse mutuamente los sucesos del pasado.

Y mientras los años transcurrían, las facultades comunicativas de su segunda hija se tornaban más elocuentes. Esto, en lugar de ser un motivo de alegría para ellos, representaba en silencio un profundo tormento que se mantenía a la expectativa. La niña, al igual que la anterior, tenía la cualidad de poder comunicar sus pensamientos con claridad. Y cuando ella cumplió los cuatro años de edad, la maldición volvió a aparecer.

Cierta noche, de manera inesperada, Mariana comenzó por rechazar sus alimentos. Cuando Gabriel, con voz temblorosa, la cuestionó, la niña respondió: «La comida ha sido envenenada.» Los padres no mencionaron nada. No era necesario. Decidieron reconocer estoicamente que el ciclo iba a repetirse irremediablemente. Pero, aunque la calamidad ya se había anunciado una vez más, ellos contaban con la experiencia; así que decidieron tomar todas las medidas necesarias.

Cuando interrogaron a su hija, ella les respondió, a partir de las palabras que conocía en ese momento, que era una entidad siniestra e inefable la que le impedía ingerir los alimentos. Sus padres, poseídos por un terror insoportable, la convencieron de comer. Cuando Mariana volvió a negarse, Gabriel, atormentado por el recuerdo de su pérdida anterior, obligó a su segunda hija a ingerir los alimentos a la fuerza y, al hacerlo de manera salvaje, el hombre descubrió, en el fondo del plato, una piel de sapo verdosa y cubierta de verrugas.

Los horrores del pasado se revelaron con brutalidad en sus sentidos más sensibles. A diferencia de Milagros, Mariana era menos susceptible de aterrorizarse y, por ello, lograba alimentarse con pequeños bocados. Sus padres, a causa de eso, intentaban pasar por alto el terror que les generaban las declaraciones de su hija. Pero con el pasar de los días, Mariana enfermó gravemente. El médico de la familia, quien conocía su dolor, diagnosticó un ligero envenenamiento. El terror y la desesperación se manifestaron en todo su esplendor al escuchar del médico que, efectivamente, la comida que había consumido Mariana estaba envenenada con pieles de sapo. Cuando los padres refirieron lo que estaba pasando, el médico, quien era un hombre escéptico, se mostró desconcertado y aconsejó que lo mejor era recibir ayuda de un sacerdote.

Gabriel acudió a la parroquia de la Costa Negra, en donde fue escuchado por el sacerdote encargado de la misma. Allí le narró los extraños eventos ocurridos con su primera hija, eventos que en ese momento se estaban repitiendo con su segunda niña.

El sacerdote visitó su hogar durante la noche. Bendijo la casa y a Mariana. No obstante, advirtió que los padres, a pesar de haber procreado a una hija nuevamente, todavía el dolor los atormentaba. Para aliviar su sufrimiento, el viejo cura les aconsejó abandonar esa casa.

Luego de unos días de reflexión, Gabriel llegó a la conclusión de que el consejo del sacerdote era el más adecuado. No tardó mucho tiempo en organizar la mudanza y conseguir una nueva vivienda en un alejado pueblo, cercano a las montañas nevadas. Allí, Gabriel compró una hermosa casa en donde dispuso todo lo necesario para mantener su mismo estilo de vida.

Después de todos los cambios e incomodidades que implican adaptarse a un nuevo lugar, los padres pronto se acomodaron a ese nuevo ambiente en aquella enorme casa. Y con sorpresa, pero también con alegría, advirtieron que el cambio funcionó. Mariana recuperó el apetito y, durante un año, no volvió a mencionar nada respecto a la comida o sobre aquella supuesta entidad que la acosaba. Su recuperación le enrojeció las mejillas y su ánimo mejoró notablemente.

Mariana fue inscrita a una primaria de señoritas en el pequeño pueblo. La niña iba a cumplir los seis años de edad y sus padres organizaron una fiesta de cumpleaños para la cual invitaron a todos los niños de su clase. La celebración la realizaron en el patio de la propiedad, en donde Gabriel dispuso todo lo necesario para que los invitados estuviesen contentos. Los niños reían y jugaban alrededor. Mariana era parte de aquella felicidad. Al anochecer, Gabriel reunió a todos los invitados para presenciar a su hija soplar las velas del pastel. La niña fue colocada en el centro de la mesa. Su madre la sostenía por la espalda mientras esperaba que la niña soplara y pidiera un deseo. Y cuando todos querían escuchar las palabras de la niña, advirtieron que su semblante se transformó en uno triste y desolado. Entonces su madre, quien fue la primera en advertirlo, le preguntó:

— ¿Qué pasa, mi amor?

Pero la respuesta de la niña los dejó paralizados, como si sus palabras hubieran desenterrado un horror irresistible.

— ¿Por qué lo invitaron? —fue su pregunta, con el rostro pálido y los ojos inertes.

— ¿Qué? ¿Quién, Mariana? —preguntó desesperado Gabriel, quien buscaba por todos lados algo que no coincidiera en el lugar.

Está ahí, entre los niños, sonriéndome —señaló Mariana, apuntando hacia un espacio vacío de la casa.

NARRATIVA

Creación literaria


Bajo la clara luna.

Armando Aguilar Avalos

Universidad de Guadalajara

(MÉXICO)

CE: armando.aavalos@academicos.udg.mx

 <https://orcid.org/0000-0001-7878-7307>



Esta obra está bajo una [Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

*Mata el deseo; pero si lo matas, vigila atentamente,
no sea que de entre los muertos se levante de nuevo.
H. Blavatsky*

Habré de navegar por las aguas infinitas de este mar. Descenderé a los abismos profundos donde el fin del mundo es una infame realidad. Volaré por los cielos concéntricos atravesando edades milenarias. Caminaré sin descanso sobre esta tierra ingrata, interrogando cada mañana al horizonte, y seré todo y nada y lo que tenga que ser. Te buscaré en el último rincón del universo. Dejaré de ser materia, dejaré de ser viento y volveré cuantas veces sea necesario. Traspasaré el umbral del tiempo y del espacio. Hurgaré cada movimiento y cada plano. Hacia adelante, hacia atrás, destrozaré las redes que tienden las existencias y rasgaré cada uno de los mantos que enneguecen al hombre. Y seré luz y seré sombra. Te encontraré, aunque sea mi aniquilación total, aunque sea mi fin y mi muerte real... Te encontraré.

Te escucho, y hablaré hoy que puedo hacerlo sin importar quién pueda oírme, condenarme o perdonarme. En la espesa oscuridad, una pequeña esfera luminosa comienza a resplandecer venciendo lentamente las tinieblas. Las sombras sin forma se separan, y son. Quizá volveré a ser yo también. Quizá, mi señor, tú volverás a ser. El tiempo nos despierta pero es corto, frágil y se extingue con suma rapidez. Llegan a mí imágenes envueltas en brumas que se van difuminando. ¿Será esto el despertar de un sueño milenario, o será que la hora de hundirnos en el abismo ha llegado? Esa luz ha despertado mis recuerdos, aunque la niebla me impide ver con claridad. Somos sólo sombras, mi señor, en este lugar de sombras, pero algo extraño está sucediendo. Así he podido comenzar y he pasado de ser sensaciones puras a pensamientos que se remontan a un pasado indiferenciado y que parece absoluto. Pero algo

mueve a esa tremenda e inmensa rueda de mis vivencias. Comenzaré, entonces, mi señor. Sígueme en esta nueva experiencia, que quizás sea nuestra última oportunidad de ser.

Tú, mi señor, llegaste a este sitio una tarde gris de invierno. Eras apenas un pequeño de ocho años y tu hermano menor tenía tan solo 6 años. Tus padres te acompañaban y pertenecían a una familia aristócrata de la época. La casa era grande y antigua, con un portón de madera y altos muros que resguardaban amplios aposentos. Había un patio en el centro en el que había una gran fuente en medio. Esa extraña fuente había sido motivo de orgullo del constructor de la fortaleza y elevaba sus diáfanas aguas hasta más de un metro de altura. Un peculiar encanto poseía el patio que, al parecer, había sido diseñado de manera simétrica a las dimensiones de la casa y encerraba cierto misterio. No recuerdo con exactitud. El tiempo ha ido desgastando los detalles, pero te veo a ti, mi señor, con tus cabellos rubios y ensortijados y tu dulce cara de ángel. Tu rostro blanco y pálido expresaba una gran ternura, y tu cuerpo parecía tan frágil que eras como una pequeña espiga. Tu comportamiento era discreto, por no decir que mustio, porque llevabas un torbellino por dentro que ocultabas cuando te encontrabas bajo la mirada de alguno de tus padres.

Tu hermano era fuerte y de color cobrizo, con unos ojos grandes y pícaros. Era muy inquieto y astuto. Mientras él corría por los pasillos, subía y bajaba las escaleras, trepaba a la fuente y siempre encontraba la manera de estar haciendo ruidos, tú eras apacible y taciturno. Ya en ese tiempo mirabas, desde los balcones, la fuente que parecía emanar una atracción muy especial, casi fatal en ti. Tú, mi señor, fuiste creciendo entre la inmensa soledad de esos anchos muros y bajo la protección de esos fastuosos techos. En la penumbra se te veía caminar por los pasillos, y después dirigirte al patio y quedarte estático mirando al cielo por largo tiempo. Eras muy extraño y casi no jugabas con tu hermano quien a su vez trataba de ignorar tu existencia.

Mi señor: qué triste es recordar para mí todo esto. Yo que fui tu nana cuando eras niño y que al paso de los años me convertí en tu más fiel sierva. Ahora te lo puedo contar, ahora que nos dicen que somos iguales...

¡AH!, me duele este ambiente inhóspito, me duele esta condición infame, y no por mí, que al fin y al cabo sigo siendo, en mi corazón -si es que aún me queda algo de eso- tu incondicional sierva. Tú serás mi único señor aunque el tiempo corra o se detenga. Reconstruyo la imagen de esa casa y reconstruyo tus pasos solitarios por ese lugar.

Vivíamos en la parte de arriba, justo en el tercer y último piso. No recuerdo quién o quiénes habitaban la parte de abajo, y no importa, porque quien haya sido, sólo fue testigo cercano de lo que

sucedio. El tiempo también lo he olvidado, pero fue en una época de efervescencia, donde la guerra, los atracos y las persecuciones estaban a la orden del día. Quizás ustedes llegaron huyendo de algo o de alguien, porque casi nunca salían al mundo exterior.

Tus padres eran jóvenes pero se cernía sobre ellos una especie de incomprensible fatalidad. Muy discretos y ordenados en sus cosas; nunca supe de dónde sacaban el dinero necesario para abastecer la casa y el pago que yo recibía puntualmente por mis servicios. No sé si comprendas hoy, mi señor, que ellos eran buenos. Yo lo supe después, porque en ese tiempo me inspiraban desconfianza debido a su origen incierto. Nunca supe cómo y por qué llegaron allí. Nunca nadie los visitó mientras permanecieron en esa casa.

Tu padre se ausentaba por algunas temporadas y entonces tu madre no volvía a salir a la calle. Cuando él regresaba cesaba la inquietud de tu madre y la angustia que manifestaba durante su ausencia desaparecía del todo. Conversaban en voz muy baja para que nadie escuchara, y después terminaban amándose hasta saciar sus deseos. Casi nunca hablaban con ustedes, que se encontraban bajo los cuidados de sus respectivas nanas. Aunque he de decirte, mi señor, que la nana de tu hermano y la demás servidumbre se me pierden en la maraña de esa gris imagen que me llega del pasado. De ellos no puedo hablarte. Son para mí como sombras que deambulan por el laberinto de los tiempos.

¡Cuánta penumbra hay en mi memoria! ¡Qué carencia de lucidez! Perdona, mi señor, mi torpeza, pero yo sólo he sido una sierva ingenua e insignificante como esas sombras de las que te hablaba hace un rato.

Ustedes, mi señor, fueron creciendo y sus actos los fueron alejando cada vez más de su camino. De los largos atardeceres me llega una sutil melodía que aún en estas condiciones me hace estremecer. Es la mujer que vivía en el piso de en medio y que tocaba el piano con esa extraña fascinación que nos produce lo desconocido. Nunca antes, nunca después habré escuchado esa música. Nunca en mi ya larga cadena de existencias la música me ha atrapado como en ese entonces. Una mujer alta y esbelta, de ojos verdes, profundos y hermosos y con una larga cabellera. Con una sensualidad y elegancia que quitaba el sueño a cualquiera. Era en verdad hermosa y su marido era un hombre distinguido y de buenos modales. Aunque él era mayor que su mujer, aun así, formaban una buena pareja. Él era alegre y muy amable con todos; ella era muy discreta pero sus gestos, sus movimientos y su andar cadencioso denotaban un encanto especial. Pareciera como si su sola presencia emanara una especie de magia en el ambiente, que terminaba por hechizarlo todo.

Mi señor, tú eras ya un joven tan pulcro como taciturno, y tu hermano era la vitalidad y la fuerza. Tu encanto era interno y profundo, tan extraño como esa melodía que se esparcía por toda la casa durante las tardes de otoño. Desde el balcón escuchabas esa tierna y extraña melodía esperando que la intérprete saliera al balcón cuando concluía la pieza musical que solía repetir tres o cuatro veces. Tú la mirabas y ella sentía tus ojos hasta que, cuando caía la tarde, se metía, poco antes de que llegara su esposo. ¿Y recuerdas que siempre la acompañaba un gato blanco? Era uno de esos animales peludos que por la noche se paseaba alrededor de su ventana, maullando hasta que le abrían y lo dejaban entrar. Evoco esos momentos, siento esa época y creo que vuelvo a vivirla intensamente, pero no me hagas caso, mi señor.

La luna llena en lo alto del horizonte, y un cielo azul profundo y estrellado reflejaban una luz intensa sobre las aguas de la fuente; y tú mirabas esas aguas que fueron robándote el alma. Y ese caminar por el balcón y ese viento enrarecido y todo el mágico fulgor de su mirada terminaron por atrapar tu corazón. Mi señor, qué ufano fuiste y qué destino tan inflexible te tocó vivir. La noche de tu desdicha se evapora en mis recuerdos. El gato maullando y el piano emitiendo esa melodía. La pasión y el deseo en el ambiente sereno de una luna clara que iluminaba la fuente y que era como un espejo de tu cielo. Después las cadenas. Nadie te quitó la vida; antes de nacer ya estabas condenado, y esa mujer sólo sería el instrumento de tu deshonor; y yo sólo una sombra a tu lado. Yo, que te vi crecer como crece el trigo en los campos dorados del verano. Yo que sentí esas infames ganas de ser más que eso, que deseé lo indeseable, y que acaricié una esperanza. Nunca pude ser un cuerpo aunque ardiera en deseos; nunca fui mujer, aunque la pasión me mordiera el alma hasta hundirme en un frenesí insaciable. Él era su hermano y yo una pobre mujer a la que el destino ingrato marcó con el infortunio de un amor impuro. Mira en mí esa fuente y escucha esa melodía que te mece lentamente, y consúmete en este sueño.

Yo soy tu mujer y tú eres mi señor. En los círculos de nuestras largas existencias he sido tu sierva, tu amante, tu esposa, y hoy soy, si es que el presente existe, tu fiel celadora. Somos sombras que en la oscuridad nos perdemos, y nos encontramos para seguir despertando este fuego inextinguible, para seguir deseándonos, tocándonos y amándonos hasta la saciedad. Pero somos sólo dos sombras en el país inhóspito del tiempo sin tiempo. Él era mayor y era su hermano y algo más; tú eras la otra punta del triángulo que los ataba a los tres. Ella quiso que fuera así y tú te dejaste arrastrar por su magia y por su cuerpo. Te atrapó y la amaste sin medida. Tu sed incontrolable encontró su fin en esa fuente y después vagaste por la casa convertido en un espectro.

Aún te recuerdo, después de muchos años, deambulando por los cuartos y apareciéndote en mi cabecera por esas infames noches de luna llena. Aún te recuerdo yo, mi señor, cuando era ya una vieja colmada de años y tú seguías siendo un joven hermoso, pero arrastrando tras de ti la fatalidad de un amor prohibido. Muchas ocasiones entraste a esa alcoba en noches de pasión desaforada mientras el gato se mostraba inquieto, vigilando por la ventana del balcón a su ama que se consumía de amor entre suspiros y sollozos hasta la madrugada. Y así regresabas a tu habitación y volvías a esperar impaciente que pasara otro gris atardecer del otoño. Tú salías de su cuarto por la ventana, antes que comenzara a clarear y caminabas por la orilla de su balcón hasta llegar al tuyo y trepar a tu habitación. El gato entraba a su alcoba y su esposo regresaba al iniciar el invierno, que se volvía el más frío de los inviernos para ti. Es verdad que era su hermano. Yo lo supe mucho después, cuando se borraron en mí las fronteras del tiempo y del espacio, cuando por fin desperté de ese sueño insólito que fue mi existencia en esa casa. Tú, mi señor, viviste para ese amor, para ser uno de los vértices del triángulo, para no saciarte nunca con esa fuente que era inagotable y que transmitía ese deseo sin freno, esa lujuria que te incitaba todas las tardes del otoño y que fue tu perdición. Quise arrancarte de tu destino fatal antes y después, pero me vi envuelta en el torbellino amoroso que me arrastró por los caminos de la muerte más terrible, larga y solitaria de todas mis muertes.

Las cadenas nos atan, mi señor, y somos sólo dos sombras insaciables. A ella su pecado la arrojó de este mundo y no sé qué ha sido de esa mujer extraordinariamente bella y sensual. Yo la escuché, como si fuera esa melodía, sollozar de amor, y sentí el ardor de mi cuerpo lo suficiente joven para consumirse en el deseo, y lo suficiente maduro como para brindarme a ti en cuerpo y alma. Pero fui sólo una sombra para ti, una humilde sierva. Por momentos creí estar yo en esa alcoba, por momentos te sentí dentro de mí, pero fueron sueños, puros sueños que me perdieron en esta oscuridad infame. El gozo carnal me fue negado, pero mi pensamiento me introdujo en ese desdichado triángulo. Hoy te lo puedo decir, mi señor, hoy que somos iguales y que ya no existe el futuro para nosotros, y sólo un presente inamovible nos acosa hasta el cansancio.

Me pregunto si esto será la eternidad. Me pregunto si no se nos dará otra oportunidad de ser. Y si el tiempo nos rescatara de estas sombras, creo que yo volvería a amarte y a ser tu sierva fiel, y quizá tú volverías a tener amores prohibidos y a encontrar la muerte, devorado por esa fuente pasional. Y tu cuerpo dejaría de respirar entre las piedras, a mitad del patio, por haber caído desde el balcón de tu amante, tratando de alcanzar el tercer piso de una miserable casa. No mi señor, ya no te separarás de

mí. Esa música que llega del pasado me duele. Esa melodía que se confunde con el sonido incesante del agua es como el más dulce canto de amor y como un, no menos terrible, presagio de la muerte.

¡Qué confusión es ésta! Aunque seamos sombras, la lujuria nos ata por toda la eternidad... Haz un esfuerzo, mi señor, antes de que se detenga la rueda del recuerdo, para que nunca se extinga este fuego del deseo, para seguir siendo, tú mi señor, y yo tu mujer, tu sierva y tu fiel compañera.

Breve semblanza del autor.

Armando Aguilar Avalos (Guadalajara, México 1961) es licenciado en Letras Hispánicas y Maestro en Educación por la Universidad de Guadalajara. De 2003 a 2007 realizó estudios de doctorado en la Universidad de Salamanca y durante ese periodo radicó en España. Ha sido profesor de literatura y de educación en licenciatura y en posgrado, y ha desempeñado diversos puestos administrativos en la Universidad de Guadalajara. Su trabajo de tesis de maestría fue distinguido con el Premio Nacional ANUIES 2002, y publicado en forma de libro. Cuenta con más de 30 publicaciones en revistas y diarios locales, y una novela en la aplicación Wattpad, cuyo título es “Y los enemigos serán los de su casa” (<https://www.wattpad.com/myworks/46059167-y-los-enemigos-ser%C3%A1n-los-de-su-casa>).

ORCID ID: 0000-0001-7878-7307

POESÍA.

Creación literaria

Jose Fabián Elizondo González

Universidad de Costa Rica

(COSTA RICA)

CE: josefabian.elizondo@ucr.ac.cr

Llévala lloviendo

•Bitácora del carpintero•

La cuneta se llena de hojas secas

Bermellón

Beso de barba seca en mejilla tierna

No hay escombros

Ni basureros

Todo se lo lleva el viento

Toca a tu puerta

O se estanca en la frente del carpintero

Borgoña

Cresta de otoño tardío

Las ramas se desploman

Ninguna encima de mi cabeza

Pateo las telarañas

Con facturas y uno que otro anhelo

Un enjambre de ardillas avisa

El intento tornado se me cuela

Silva por las rendijas

He abierto la puerta

A tu mentón

Torbellino cinabrio añejo.

•Sin cocer•

Te llamaré Adán

Serás mi primer hombre

Porque te he pronunciado

Con otros grupos consonánticos

Esperando que el tiempo los turnara en vos.

Te llamaré Adán

Serás mi última sombra caminante en una calle de lastre

Porque te vi llegar desde lejos

Bajo un Cortez amarillo que ya no existe

Serás el sustrato de mi raíz.

Te llamaré Adán

Porque lloré cuando te reconocí

Será la primera vez que diga tu nombre

Inequívocamente

En dos sílabas sencillas

Como cuando me llamas

Y mi voz responde.

•Llévala lloviendo•

Pero que no deporten el corazón

Lo metan en una jaulita

Lo envuelvan en aluminio contra el frío

Que lo separen de los hijos que no tuvimos

Que el gallinero y el granero

Se respiran

Más lejos que nunca

Ahora

Que me deporten las manos

Pero no las ganas

Las palabras

Por lo menos que me empaquen

En muestra

Tu sonrisa atónita ante mi desfachatez

Espero que no la dejes sola

No la dejes sola

Llévala lloviendo

Llévala lloviendo.